AÑO II. MADRID 25 DE MARZO DE 1900. NÚM 11.

E. AGUINALDO

FILIPINAS ANTE EUROPA

ÓRGANO DEFENSOR DE AQUEL PUEBLO

¡Filipinas, te juramos que defenderemos tu independencia hasta morir! E. AGUINALDO.

La independencia de nuestra patria es la única fuente de su felicidad, porque sin ella, seríamos esclavos por la pretendida diferencia de razas.—F. AGONCILLO, *Plenipotenciario filipino.*

Para el que atropella nuestros sacratísimos derechos, el mejor argumento es el fusil.—G. APACIBLE, *Representante de la República filipina en Hong-kong.*

La prensa es un poder en todo pueblo civilizado; por ella vemos libre á mi país del yugo anterior. M. PONCE, *idem en el Japón.*

No puede ser honrado el que no defienda la independencia de su pueblo.—R. ABARCA, *Presidente del Comité de París.*

Me guardaré de imitar la conducta de los americanistas.—A. REGIDOR, *idem de Londres.*

Es ignominiosa la cadena del esclavo, aunque fuese de oro.—T. ARÉJOLA, *idem de Madrid.*

Unámonos todos y venceremos. No habrá calificativo suficiente para condenar á los que deserten.—T. ACUÑA, *Presidente del Sub-Comité de Barcelona.*

Contra Norte-América, no; contra el imperialismo, sí. ¡hasta la muerte!—LA REDACCIÓN.

Director: *Isabelo de los Reyes.*

Redacción y Admón. *Palma Alta, 19 principal.*

Precios de suscripción: Madrid, un mes, 1 pts.; Extranjero, semestre, 8 francos; Filipinas, 10 pesetas. Anuncios á precios convencionales.

Pago adelantado

Distribuimos gratis miles de ejemplares entre los principales políticos y periódicos de todo el mundo. Los autores responderán de los artículos firmados.

EL TEATRO DE LA GUERRA

En el número 7 de nuestra publicación, hemos presentado un cuadro estadístico formado con datos oficiales, según los cuales, los habitantes de Filipinas son más de diez millones, con una superficie de 360.000 kilómetros cuadrados; de 1.200 á 1.400 islas; 66 entre provincias y distritos, 1.300 pueblos y 13.000 visitas, barrios, rancherías ó aldeas.

Y ahora vamos á cumplir nuestra promesa de dar una breve descripción de lo que es una provincia, distrito, un pueblo, sus barrios, un río, con sus profundos barrancos que vienen á ser muros naturales; una carretera, un bosque y los campos de Filipinas, para que las personas imparciales se convenzan de la imposibilidad que los imperialistas, con todo su innegable poder, encontrarán para domeñar á los filipinos, si éstos persisten en la resistencia.

Entre las provincias hay que distinguir las de las costas, como Manila; de las interiores, como Tarlak. Y como tipo de las provincias costeras, que son, hablando relativamente, las le mas fácil ocupación, tomaremos la misma capital del Archipiélago para que se vea que no extremamos la nota pesimista y que queremos ser imparciales y exactos en todo.

Pues bien, Manila y cada una de todas las demás provincias costeras cuentan con unos treinta pueblos, cada uno de los cuales cuenta á su vez con unas diez aldeas ó barrios que distan algunos kilómetros del núcleo de la población; y aunque el terreno es llano, no es tan fácil de recorrer con la rapidez necesaria para perseguir á las compañías volantes de guerrilleros filipinos, porque está cruzado en muchas partes por rías que, con la marea, una parte del día tienen bastante agua, y otra parte, no son más que profundos lodazales sembrados de *mangles*, arbol acuático cuyas extensas raíces salientes impiden el paso.

EL GENERAL D. PÍO DEL PILAR

Una de las principales figuras en el ejército filipino por su pericia y bravura.

Estos manglares son imposibles de atravesar para la infantería imperialista que necesita llevar buenos calzados, y sólo son practicables para los guerrilleros filipinos que se quitan los calzados y todo cuanto les impida para sus rápidos movimientos.

Así sufrió un tremendo fracaso el general Lawton, en Taytay, cuando viendo el terreno, al parecer enteramente llano, lanzó sus columnas, esperando con la mayor naturalidad del mundo, copar á los atrevidos filipinos, y hé aquí que dichas columnas no llegaron á tiempo á donde eran necesarias, porque debajo del corto césped había baches y barrancos que no pudieron salvar sino muchas horas después de lo calculado, mientras los filipinos les fusilaban casi impunemente desde sus trincheras, cuando sus enemigos estaban enterrados en glutinosos fangales.

Y hablando de estos lodazales, abundan en Filipinas charcos que al parecer son de poco fondo, porque hasta ni tienen agua al parecer, pero que al atrevesarlos, se va uno hundiendo mientras más se esfuerze en salir de él, hasta ahogarse, sino se le tiende una cuerda.

¡**500** bajas confesadas (léase el despacho de la Agencia Fabra), habiendo tenido que pegar fuego á la reserva de municiones para no dejarlas á los filipinos; hé aquí en qué consistió el desastre de Lawton en Taytay. Estas son las contrariedades que pueden ofrecer las rías de las costas, á las que hemos de aumentar las que se encuentran en los bosques, montes y los profundos barrancos que forman los innumerables ríos y riachuelos que cruzan cada *pueblo*, (no decimos *provincia*), porque hay que tener en cuenta que las provincias costeras también tienen bosques y montes, como la misma Manila tiene los de San Mateo, donde murió el intrépido Lawton, sin que, hasta la fecha, hayan logrado los imperialistas echar de ellos á los filipinos.

Y si esto ocurre en las provincias que están bajo el fuego de los cañones de la escuadra imperialista, ¿qué sería de las interiores y de los llamados distritos, unas y otros enclavados entre ásperas montañas y bosques impenetrables? Para subir al Abra, por ejemplo, hay que ir en *balsas* de caña ó embarcaciones de bambúes unidos, las cuales balsas las arrastran por medio de fuertes cuerdas, desde las orillas de un río cuya corriente baja impetuosamente. Del mismo modo tan penoso se remontan el Agus de Mindanao, el río Grande de Cagayan y otras importantes vías fluviales.

Pero dejemos Isabela, el Abra, Lepanto, Benguet é infinidad de provincias y distritos análogos, y fijémonos solo en la provincia de Tarlak, que cruza el ferrocarril, y es indudablemente la provincia interior, relativamente, más fácil de ocupar.

Pues bien; en la misma capital de Tarlak hay bosques impenetrables y extensísimos, sólo comparables á la más enmarañada manigua cubana. En la población y en la estación del ferrocarril se podría situar una columna de dos mil imperialistas, pero ésta no podría impedir que á un kilómetro de distancia imperen los guerrilleros filipinos y que éstos encuentren todo lo que necesiten en sus numerosas aldeas, enclavadas entre espesísimos bosques.

El que escribe este artículo, para penetrar en los bosques de las aldeas de Bora y Balingkanauay (distan 8 y 13 kilómetros de la población), tenían que ir de-

Número suelto, 69 céntimos.

© Biblioteca Nacional de España

lante sesenta sementereros de los que manejan con destreza afilados machetes, para hacerle una estrecha trocha. Y ¿qué sería, llevando pesadas piezas de artillería, ó siquiera las indispensables provisiones de boca de una columna yankee? Muchas veces, el camino que por la mañana dejamos seco, á la tarde teníamos que recorrerlo á nado.

¡Y esto en plena capital de Tarlak!

(*Continuaremos*).

El Mensaje Presidencial.

II.

En el número 6 de nuestra REVISTA, ya hemos contestado debidamente lo poco que de dicho Mensaje nos trajera el telégrafo; pero ahora que lo conocemos íntegro, vamos á dedicardospalabras más para refutarlo, insertando los epígrafes de sus distintas partes.

Adquisición de las Islas Filipinas.—Dice Mr. Mac-Kinley que nos compró por veinte millones á España. Muchas gracias ¿Y para eso, Sr. Presidente, llevó usted á Aguinaldo á Filipinas, para después de armarle y de hacerle perder muchas vidas de filipinos, en la guerra contra España, comprarles como un rebaño de cerdos al enemigo, que ambos habíais combatido? ¿Es aceptable y honrosa una amistad como esta vuestra? ¿Puede inspirar todavía confianza persona que de esta manera se conduce con sus aliados?

Exfuerzos para evitar el conflicto.—Claro está que los hizo, mandando apresar sin motivo ni explicación alguna, la escuadrilla de Aguinaldo y provocando á diario á los filipinos. Léase la reseña verídica del ilustre Presidente de la República Filipina que estamos publicando.

Trabajos de la Comisión Schurman filipina.—Ignoramos porqué ha puesto este epígrafe, porque se limita á decir que esta Comisión se encontró con el rompimiento de las hostilidades, «ataque evidentemente premeditado, según él, el cual dió por resultado la TERRIBLE DESTRUCCIÓN Y SANGUINARIA LUCHA, en que se rechazó á los revolucionarios.»

Con esto, el señor emperador de los chanchulleros confiesa paladinamente la bárbara hecatombe que hicieron sus esbirros en Pako, Pandakan y otros arrabales de Manila, donde fusilaron á centenares, sin perdonar mujeres, niños, ancianos y enfermos.

El principio de la rebelión en las Islas.—Ya hemos dicho que Mr Mac-Kinley no es muy escrupuloso y así no ha tenido reparo alguno en insertar en su mensaje la *paparrucha* de que el gobierno revolucionario publicó una orden de reunión en la calle de San Pedro (Kiapo), para el 14 de Febrero de 1899 «con el fin de *exterminar sin compasión alguna* á todo el que no fuese filipino, fueran de la raza que fuesen.»

Esto es plagio de los criminales embustes del fraile Mariano Gil.

Para desmentir este estupendo *canard* presidencial, ahí están los muchos prisioneros yankees, que fueron expontáneamente puestos en libertad por Aguinaldo, mientras que Otis ponía á precio la cabeza del general filipino.

Los progresos de la campaña en Filipinas.—Naturalmente consideraba Mac-Kinley ya casi terminada la campaña, pero esto no impidió que pocos días después los filipinos derrotaran y mataran al mismo general yankee en jefe Mr. Lawton, á las puertas de la propia capital del Archipiélago.

Gobierno de la isla de Negros.—Dice el señor emperador que «es digno de *especial atención*, porque habiendo sus naturales adoptado una constitución encaminada al establecimiento de un gobierno popular, ha resultado *contraproducente á ellos mismos* y en su consecuencia se puso en vigor otro nuevo sistema por orden del comandante norteamericano.»

Ya ven los *ameri...kánin* de la isla de Negros qué mal, su amigo el emperador, les ha pagado su servilismo, considerándoles nada menos que ineptos. Pero gracias á Dios que se han desengañado á tiempo y se sublevaron contra las tomaduras de pelo de los imperialistas. Léanse las cartas que publicamos en este mismo número.

Debajo (¡qué gráfica es la preposición) del gobernador militar americano, habría un gobernador civil con un consejo de gobierno elegido por el pueblo; pero el gobernador militar, tendría autoridad para mandar á dicho consejo de gobierno, como *petit empereur*; ejercerá el supremo poder ejecutivo (¿y entonces para qué sirven el gobernador civil y compañía, sino de *bugao* (terceros) salva la vulgaridad de la palabra? Vendrían á ser lo que ahora ya lo son los jueces de paz de Manila, según la carta publicada en nuestro número anterior, esto es, editores responsables de todas las arbitrariedades de cualquier imperialista oculto. Y luego dirán que somos ineptos.) Y nombrará los empleados hasta los jueces, indudablemente para que todos los filipinos se vean obligados á adular á los americanos, y se presten á encubrir y ayudarles en todos sus atropellos y arbitrariedades. En esto precisamente estaba el secreto de la incomprensible y absurda omnipotencia de los párrocos frailes y la consiguiente y vergonzosa esclavitud nuestra entonces.

Tendrán los yankees la fuerza armada, tendrán el poder ejecutivo, legislativo, judicial, las aduanas, las comunicaciones, y amen de todo ésto, los nombramientos, sin decir siquiera si estos se proveerán exclusivamente entre los filipinos, y ¿qué nos quedará entonces á los naturales del país?

Si esto no es esclavitud, venga Dios y véalo.

RESEÑA VERÍDICA
DE LA
REVOLUCIÓN FILIPINA
POR
DON EMILIO AGUINALDO Y FAMY
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FILIPINA
(*Continuación*).

VII.

La bandera filipina.

El día 1.º de Septiembre ordené que en todas las embarcaciones filipinas enarbolaran nuestro pabellón, hecho que se cumplió en primer término, por los marinos de nuestra pequeña flota, compuesta de unas ocho lanchas de vapor españolas y de otros cinco buques de mayor porte intitulados *Taaleño*, *Balayán*, *Taal*, *Bulúsan*, y *Purísima Concepción*, donados al gobierno filipino por sus respectivos dueños, los cuales fueron enseguida arreglados en nuestro Arsenal para el servicio de cañoneras, dotándoles de piezas de 9 y 8 centímetros, que se sacaron de los *buques de la escuadra española*.

¡Oh! qué hermosa y gallarda es nuestra bandera al aire desplegada desde los topes de nuestros buques, sobre las aguas propias de la bahía de Manila, alternando con las enseñas de otras grandes naciones, ante cuyos navíos iban y venían los nuestros con la reciente enseña de libertad é independencia! ¡Cuán respetada y admirada como nacida de entre legítimos triunfos del bisoño ejército filipino ante las rendidas fuerzas regulares del gobierno español!

El corazón se dilata de gozo; el alma se enardece de orgullo; y el patriotismo se vé complacido en medio de tan grandiosa contemplación!

—

A fines del mes de Junio visité al almirante Dewey, quien después de cumplimentarme *por los rápidos triunfos de la Revolución filipina*, me manifestó que los almirantes alemán y francés habíanle preguntado por qué consentía á los filipinos usar bandera no reconocida en sus embarcaciones, y que á semejante interpelación había él contestado *que con su conocimiento y consentimiento usaban los filipinos dicha bandera;* aparte de que por su valor y resolución en la guerra contra los españoles, merecían desde luego usar de dicho derecho.

Prorrumpí entonces en muestras de vivo agradecimiento ante tan valioso y decidida protección del almirante, y ordené inmediatamente que la flota filipina llevara tropas á las demás provincias de Luzón é islas del Sur, para hacer la guerra contra los españoles que las guarnecían.

VIII.

Expedición á Bisayas.

Hízose esta expedición con mucha suerte, regresando nuestros vapores sin novedad alguna, después de dejar las tropas en los puntos convenidos. Pero, el *Bulúsan* que fué á Masbate para recoger la columna del coronel D. Mariano Riego de Dios y trasladarla á Samar, fué visto por los cañoneros españoles *Elcano* y *Uranus*, atacándole el primero hasta el punto de hacerle zozobrar en aquellas aguas, no sin experimentar los vapores españoles, daños de alguna consideración, causados por nuestras tropas. La tripulación del *Bulúsan* se salvó afortunadamente, ganando la playa á nado.

© Biblioteca Nacional de España

IX.

El vapor «Compañía de Filipinas»

Al poco tiempo se presentó en Cavite el vapor español *Compañía de Filipinas*, apresado por los revolucionarios en aguas de Aparri. Inmediatamente fué artillado y despachado con tropas para Olongapó; pero hubo de darse orden á otro cañonero nuestro para que volviera á petición del almirante Dewey, á fin de resolver la reclamación del cónsul francés acerca de dicho vapor. Enterado el almirante de que el *Compañía de Filipinas* había sido apresado con bandera española, se abstuvo de entender en el asunto, remitiéndome la carta-reclamación del cónsul francés, afirmando el almirante que *él y sus fuerzas nada tenían que ver en el asunto*.

Así concluyó este incidente, que demuestra con claridad el reconocimiento y la protección que dispensaba el almirante Dewey á la Revolución filipina.

El *Filipinas*, que así se llamó desde entónces el vapor en cuestión, siguió su viaje á Olongapó, y á su vuelta llevó la expedición de tropas para libertar del poder de España las provincias del valle de Cagayán y las islas Batanes. - Este vapor que de nuevo cambió de nombre y que hoy se llama *Luzón*, se encuentra varado en el río grande de Cagayan, por haber sufrido avería en su máquina.

En todas las expediciones, nuestros barcos antes de zarpar, saludaban al *Olimpia*, como buque insignia, cumpliendo así deberes de cortesía internacional, siendo contestados nuestros saludos con iguales demostraciones de amistad.

(*Se continuará.*)

¡Abajo caretas!

Tal es el título de un folleto publicado en Manila, por todos conceptos notabilísimo y que con creciente interés he leído desde la cruz á la fecha.

Sus premisas son bloques inconmovibles; sus deducciones sentencias inapelables contra las que no hay posible redención.

Su autor, *Fernando Rosendo*, conocido sin duda por otro nombre en la república de las letras y en la de la política, estudia con una fuerza de lógica incontrastable y con una clarividencia de juicio soberana, el problema planteado por la guerra en Filipinas, enderezando su poderosa argumentación, contra la cual no hay nada que pueda oponerse, á combatir con la indomable fuerza que da la razón, las opiniones y la actitud adoptada por una pequeña agrupación de filipinos anexionistas, americanistas ó autonomistas como ellos se llaman, los mismos que allá en Malolos antes de la ruptura de hostilidades, se hallaban bien avenidos con prebendas y honores de los que el gobierno de la República les colmó, superiores á sus merecimientos políticos, ya que no personales; los mismos que á grito herido proclamaban las excelencias del nuevo estado de cosas cuando las carteras y los cargos no constituían molesto y enojoso bagaje cual ahora acontece cuando con ellos hay que trasladarse de unos á otros pueblos por exigencias de la guerra, atendiendo á la suprema necesidad de la defensa; los mismos que tras sendos discursos, votaron la primera Constitución de la República, jurando cumplirla y hacerla cumplir, exponiendo la vida, si necesario fuese, en la defensa de los derechos soberanos del pueblo.

¡Cuán hermoso y cuán dulce entonces el ejercicio de la política! ¡Cuán placentero aquel diario poético paseo en ferrocarril, acariciados por el áura popular de una raza en sublime conmoción, galvanizada al solo anuncio de que iba á realizarse para ella la austera vida del Derecho, la vida nueva de la Libertad!

¿Y en qué razonamientos basan esos obcecados compatriotas su campaña contra los que sostenemos la Revolución? En que no somos aptos para gobernarnos, repitiendo las mismas palabras del adversario; en que carecemos todavía de las condiciones necesarias (lo mismo que decía el fraile) para podernos regir por instituciones propias y hombres salidos de nuestro mismo seno. ¡Y, sin embargo, ellos fueron legisladores y ministros con Aguinaldo, y desempeñan ahora importantes cargos en la administración del país, mientras los demás sucumben en los campos de batalla ó gimen en el voluntario destierro!.....

Yo lo declaro; estoy poseído del entusiasmo más grande, de la admiración más sincera y más ferviente hacia el autor del admirable folleto que recomiendo como provechosa lectura, porque, además de ser gallarda afirmación de un hondo y palpitante amor patrio, es la condenación más rotunda de la política anexionista, la acusación más brillante y certera que jamás se hizo de la traición, reduciendo á sus sostenedores á la impotencia al perseguirlos hasta sus últimos reductos para asestarles en el corazón estocada de muerte.

EDUARDO DE LETE

LOS ESTADOS UNIDOS

SACRIFICADOS POR EL PARTIDO IMPERIALISTA

El rápido triunfo de los imperialistas sobre España, les llenó de orgullo, y dió alientos á Mr. Mac Kinley y á sus adeptos en política para llegar á su objeto de adquirir por la violencia colonias, convirtiendo la República en potencia militar para proseguir sus aventuras guerreras, sustituyendo así sus tradiciones democráticas por las imperialistas; ideal que, á nuestro modo de ver, entraña un porvenir pavoroso, por lo incierto, á aquel pueblo, cuyos adelantos, riquezas y engrandecimiento asombrosos, son debidos á la paz de que hasta hace poco ha venido gozando, al trabajo y á sus instituciones liberales; porque no siempre la trasformación de una nación puede tener por base el triunfo de las armas, pues éste por lo regular es efímero.

Que la República norteamericana se está convirtiendo en víctima de los desaciertos de Mr. Mac Kinley y secuaces, lo atestiguan las consecuencias desastrosas irrefutables de la actual campaña emprendida para conquistar el Archipiélago filipino, puesto que les va costando á los Estados Unidos desde el 4 de Febrero del año pasado en que rompió su Ejército las hostilidades, miles y miles de ciudadanos y muchísimo dinero; de tal modo, que no parece sino que los errores de dichos señores van vaciando el tesoro de aquellos Estados, formando un surco de oro en los mares que inmensamente los separa de estas islas, surco que se va ensanchando y profundizando de día en día por el continuo paso de los buques de guerra y de trasporte, cargados de armamentos y de gente, y conduciendo á su retorno ataudes y á los vivos, si no faltos de miembros, enfermos de muerte. ¡Ay del día en que cueste trabajo volver á su nivel las grandes cajas del Tesoro de dicha República, y en que aquel pueblo *soberano* se espante de sus muertos y lisiados! Porque entonces las consecuencias políticas, y tal vez sociales, puede que amenacen su unidad federal. *El descontento y el espanto ya están iniciados*.

¿Los imperialistas de la gran República creen que con tener superabundancia de oro, poseer armamentos poderosos y contar con muchos recursos, ya su nación puede considerarse militar y emprender el camino que quiera y arrollar toda resistencia que se la oponga ó frustrar los medios y ventajas del enemigo? ¿Y la suerte? ¿Y las circunstancias desfavorables de un país extraño?

No se nos oculta que la grandeza y el poder pecuniario de una nación dan alientos para acometer empresas, hasta atrevidas; pero también es sabido que antes de aventurar la suerte de la misma en una guerra, se debe estar preparado antes, porque un detalle despreciado, poco á poco, si no de una vez, descubre las dificultades de la campaña, las que presentan á ésta en todo su horror, especialmente en lo relativo á las víctimas sacrificadas inútilmente, pues traen llanto y miseria, si es que no concluyen en un desastre: y como las desgracias y amarguras van afectando de día en día al pueblo, quien realmente es el sacrificado, tienen que venir luego, como cosa natural, el desaliento, las ilusiones desvanecidas, el echarse unos jefes á otros la culpa y las disenciones, de todo lo cual, la política se apodera para sus fines.

Tampoco Mr. Mac Kinley ha tenido para nada en cuenta lo sucedido en estas islas á los españoles, cuyo Ejército fuerte de 50.000 hombres de todas armas, bien organizado, disciplinado y no falto de valor, que ocupaba todo el Archipiélago; y no obstante, fué vencido por los filipinos, provistos tan sólo de dos ó tres centenares de fusiles, de bolos y de cañas puntiagudas; humillación debida á que el Gobierno español con su soberbia y por malos consejos, faltó al tratado celebrado con D. Emilio Aguinaldo en Biyak na-bató, (gravísima falta de que los españoles no exigieron responsabilidad á Sagasta ni á Primo de Rivera, verdaderos causantes á su nación de la pérdida de esta Colonia); pues el Gobierno de Washington procedió de idéntico

© Biblioteca Nacional de España

modo faltando al tratado celebrado en Singapoore por el cónsul allí de su nación y por el almirante Mr. Dewey con el mismo Sr. Aguinaldo, *de que si éste combatía al Ejército español y suprimía aquí su dominio, el Gobierno de aquella República reconocería la independencia de los filipinos bajo el protectorado de la misma*; y al efecto, Mr. Dewey sacó de Hong-Kong al Sr. Aguinaldo y demás generales filipinos, y reconoció, lo mismo que el general Merrit, el Ejército de éstos; y á pesar de haber cumplido los filipinos lo convenido á costa de muchas vidas y sacrificios, prestando por cierto eficacísima ayuda al Ejército americano, *faltaron Mr. Mac Kinley y su Gobierno á lo convenido en Singapoore*: y tratan hoy de ocupar á viva fuerza este Archipiélago para anexionarlo á aquella remotísima República por medio de la presente guerra, cuyas horribles consecuencias está sintiendo el pueblo yankee.

Si se aduce como motivo de esta campaña el haber comprado los Estados Unidos á España estas islas por 20.000.000 de dollars, semejante compra no justifica por cierto la cruenta guerra actual: primero, porque los 10.000.000 de filipinos *no son esclavos*; segundo, porque los españoles entraron en Filipinas no como conquistadores, sino como amigos en virtud del pacto de sangre entre el adelantado Miguel de Legazpi y el Rey filipino Sika-Tuna; y tercero, porque en la fecha de la venta hacía ya meses que este Archipiélago no estaba bajo el dominio español, y tan es así, que los filipinos tenían su Gobierno propio. Creemos que la conciencia universal y la historia juzgarán del mismo modo que nosotros. Y si Mr. Mac Kinley y Otis emprendieron esta guerra confiados en que los Estados Unidos cuentan con 70.000.000 de habitantes, y son poderosos por sus recursos, y las islas Filipinas con 10.000.000 son débiles, no deben, sin embargo, dar al olvido el refrán *de que no hay enemigo pequeño*.

Tampoco han tenido en cuenta la gran diferencia que existe entre la guerra de nación á nación por agravios nacionales que hoy dura sólo meses, y la de conquista que es indefinida, ó sea la hecha contra un pueblo que defiende su sagrado derecho á la independencia, porque como éste no puede presentar igual ó mayor fuerza á la del invasor, recurre como es natural á la astucia, á la sorpresa y á cuantas ventajas le prestan la localidad, el terreno, el tiempo, etc., para cansar al enemigo y atacarle sobre seguro. Y en la actual guerra no parece sino que hasta el clima, las lluvias, las tempestades, el suelo, la naturaleza toda, favorece al filipino; aparte de que el que lucha por la patria lo hace con tesón y corage y muere por ella gustoso. Así que no es de extrañar que á poco de haber los americanos roto las hostilidades, nos hayan asegurado dos soldados voluntarios yankees que habían asistido á las primeras acciones, que ellos peleaban con tan gran desventaja que mientras derribaban un filipino, éste les mataba cinco ó seis, y según nuestros informes posteriores seis era el minimum en muchos casos. Hay más, tal derroche de valor hace el soldado filipino, que con frecuencia sucede que al mandar un jefe de columna ó compañía, á su subordinado derribado en tierra por un balazo, que se retire y vaya á la ambulancia, contesta el herido: «Dé eme usted que esto es sabroso», y exforzándose, carga su fusil y dispara, y luego dice: «Vea usted como he derribado uno», y sigue disparando hasta que el dolor de la herida ó el desfallecimiento por la pérdida de sangre le impida. No en vano se preconiza la heroicidad del soldado filipino, heroicidad que es á costa hoy del pueblo norteamericano por la obcecación de los imperialistas.

Mr. Mac Kinley debía haber principiado conquistándose las simpatías de estos isleños, echando de aquí lo más pronto posible las comunidades religiosas existentes en Manila; pero no sucedió así, sino los cobijó, se aconsejó de sus malas intenciones, y oyó sus falacias, sin tener en cuenta siquiera la verdad histórica é irrefutable de que siempre el fraile imprime un odio fatal al Gobierno que impera, porque él lo convierte pronto en teocrático, cuyas manifestaciones de poder son el despotismo, la arbitrariedad y la crueldad, y tiene por elementos necesarios la ignorancia, el fanatismo y el terror, pues que de todo esto saca su riqueza y su influencia que le conservan en la holgazanería. Con esas verdades tan sabidas, basta para comprender que los frailes fueron los que desligaron estas islas de España.

Concluímos aconsejando, á pesar de nuestra insignificancia, á los hombres sensatos del pueblo norteamericano, á quienes nos dirigimos, suspendan esta desastrosa guerra, que no está justificada ante la humanidad actual, ni lo quedará ante la venidera, por ser violación de un derecho procedente de un tratado formal contraído en Singapoore; guerra que está causando y acumulando daños inmensos á aquella República, cuyo engrandecimiento y riqueza, adquiridos en corto tiempo, son debidos á la paz, al trabajo, á la libertad y á la observancia del derecho, traducida en el cumplimiento de los pactos.

TOCAYO.

Manila, Febrero 1900.

MIS GESTIONES EN ESPAÑA

en pró de reformas para Filipinas.

Con este título encontramos en la Memoria de Isabelo de los Reyes sobre la Revolución Filipina (1) el siguiente capítulo, que revela muchas noticias que se desconocen hasta ahora; pero por falta de espacio, no publicamos más que una tercera parte de dicho capítulo.

«Acababa yo—escribe el autor—de llegar á España, deportado por haber escrito esta Memoria, y estaba rigurosamente incomunicado en las cárceles nacionales de Barcelona, en un calabocillo, á donde, para llegar, había que pasar por tres puertas cerradas con llave, cuando, por arte de birlibirloque, un distinguido periodista federal, que estaba también preso por revolucionario, D. Ignacio Bó y Singla, logró introducirse en mi prisión, y aún no se había levantado mi incomunicación, cuando *El Nuevo Régimen*, del Sr. Pi y Margall, *El Eco del Pueblo* y otros periódicos republicanos, publicaron la presente Memoria en Julio de 1897.

Con fecha 11 de Septiembre de dicho año publicó el Ministro de Ultramar, D. Tomás Castellano, sus reformas para Filipinas, casi todas inspiradas por los frailes, y á pesar de que me estaba prohibido escribir en periódicos y casi incomunicado, los anarquistas presos en el célebre castillo de Montjuich, donde yo estaba recluído, se encargaron de enviar al diario revolucionario *El Progreso*, de Madrid, una serie de artículos míos, combatiendo dichas reformas.

Y tan pronto tomó posesión del ministerio de Ultramar, D. Segismundo Moret, le envié el siguiente plan de reformas en Octubre del mismo año, por eso me conoció y me llamó á Madrid.»

(A continuación se inserta dicho plan de reformas, que abraza distintas partes: política, legal, administrativa, gubernativa, económica, comercial, Ejército, Marina, Clero, Enseñanza y Beneficencia. Y también la exposición de motivos, que suprimimos por falta de espacio.) Luego continúa el autor:

«Mis cartas al Sr. Moret surtieron su efecto, á juzgar porque al darme libertad por telégrafo, recibí orden de presentarme á él, pagando el Estado mi viaje á Madrid. Y toda la prensa de España publicó telegramas sobre mi libertad y sobre mi llamada por el ministro de Ultramar; porque todos decían que yo llevaba la voz de los insurrectos á dicho departamento, como veremos.

Cuando me presenté á él, me ofreció un destino de doce mil reales en la junta de publicaciones del Ministerio de Ultramar.

Me apesadumbré al oir esta proposición, suponiendo que era un medio indirecto de retenerme en España, y yo ansiaba volver á abrazar á mis hijos; pero él me dijo que yo podía marchar á mi casa si así lo deseaba, y que si me ofrecía dicho empleo, era para informarle de las verdaderas aspiraciones y quejas del país, cuando él acometiese las reformas, pues deseaba una reconciliación sincera con los elementos filipinos.

Entonces acepté el destino y recibí orden del Subsecretario de Ultramar, Sr. Quiroga Ballesteros, de estudiar la manera de dar vida propia á las juntas provinciales y á los municipios. Y contesté que tenía ya un proyecto hecho y le entregué en el acto mi plan de reformas.

El Sr. Quiroga Ballesteros me dijo que, sin atender los motivos que me hayan podido impulsar á escribir mi Memoria presentada al general Primo de Rivera, él y el señor Moret creían cuanto escribí en ella.

Y me parece que hasta el mismo Primo de Rivera pues el Sr. Retana, que estuvo empleado en el Minis-

(1) Acabamos de enviar á nuestros corresponsales ejemplares de dicho folleto y esperamos que nuestros lectores los adquirirán al precio de TRES PESETAS FILIPINAS, advirtiendo que el importe se destina á la propaganda de nuestra causa.

© Biblioteca Nacional de España

terio de Ultramar, me dijo que aquél envió á dicho departamento dos copias, una de ellas en cuartillas, seguramente para que se imprimiese.

El Sr. Moret no sólo aceptó la representación de Filipinas en Cortes, cuando le hablé de este asunto, sino también la jefatura de un partido filipino reformista gubernamental, que le propuse.

(Aquí siguen seis párrafos que suprimimos.)

Entretanto, yo publicaba en *El Progreso* violentos artículos, denunciando los atropellos de los frailes y de sus esbirros y pidiendo su castigo; tan violentos eran, que el sabio Obispo de Oviedo, Sr. Martínez Vigil, me escribió diciendo que se hubieran asustado López Jaena, Rizal y Marcelo H. del Pilar, si hubiesen llegado á leerlos. Pero ciertamente que se lo merecían, porque los frailes estaban empeñados otra vez en simular conspiraciones en todas partes, y Primo de Rivera fusilaba á diestro y siniestro en la fuerza de Santiago en Marzo de 1898.

(Siguen otros cinco párrafos que pasamos por alto).

Busqué también diputados que defendiesen en el Parlamento la causa filipina; hablé con este objeto y facilité muchos datos á los señores D. Nicolás Salmerón, D. Rafael M.ª Labra, D. Jenaro Alas, D. Emilio Junoy, D. Fernando Gasset y otros que me han prometido su apoyo, y aún conservo el cuaderno de recortes de artículos míos con anotaciones ó señas del elocuentísimo ex Presidente de la República española. Y como sabe el Sr. Alas, empecé á trabajar para subvencionar también á un periódico de gran circulación, cuando sobrevino la guerra con los Estados Unidos.

Y verbalmente transmitía yo con frecuencia al Ministro Sr. Moret, todas las noticias que recibía de los desafueros del general Primo de Rivera, y una vez me contestó:

—El Obispo electo P. Valdés ha confirmado los asesinatos que según V. me ha dicho, han ocurrido en la fuerza de Santiago. Si prevalece mi opinión, el general Primo de Rivera no se libra de un severo juicio de residencia.

Pero el Sr. Moret, que actualmente acaso sea la primera figura política de España por su vastísima ilustración, ancho criterio, extraordinario talento y sin igual elocuencia, fué al fin arrollado por los reaccionarios. Y cuando cayó del ministerio, el Sr. Poblete, (que más tarde fué también empleado en Ultramar) y yo, fuimos á presentarle nuestros respetos, y el Sr. Moret nos dijo:

—Agradezco á ustedes la fidelidad con que me han servido, y en cambio tengan ustedes el consuelo de que antes de dimitir yo, he conseguido que se enviase por telégrafo al general Augustín, carta blanca para conceder á los filipinos las reformas que desean, hasta la autonomía *y... todo, todo.*

Y nos dió una carta de recomendación al ministro electo, ponderando nuestra fidelidad.

El Sr. Moret ha sido muy combatido por haberme llamado á su lado, no sólo por todos los periódicos carlistas, sino hasta por *El Tiempo*, órgano del jefe del partido silvelista, el *Heraldo de Madrid*, *El País* y otros que le censuraban porque «trajo junto á sí—así decía el *Heraldo*—al insurrecto don Isabelo de los Reyes,» «aúlico de Moret,» según el *Correo Español*; «Moret, aconsejado de Isabelo, va preparando otra caída vergonzosa de España en sus colonias,» decía el *Diario de Barcelona*, y lo reprodujo el *Correo*, órgano de Sagasta.

Y también los Prelados provinciales de los frailes de Filipinas, en su exposición á la Reina, se quejaron de que el Sr. Moret me creía más que á los españoles que habían desempeñado altos destinos en aquel Archipiélago.

He servido con lealtad al Sr. Moret. Y tanto, que cuando yo ignoraba aún los tratos que Aguinaldo tuviese con los norteamericanos, en 27 de Marzo de 1898, presenté al Gobierno una instancia, que hice firmar también, de los señores Aréjola (padre é hijo), Ursúa, Poblete y Banting, ofreciéndonos á ir á organizar cada uno de nosotros en su respectiva provincia natal, un regimiento de mil voluntarios, mandado por nosotros y destinado á rechazar la invasión norteamericana en Filipinas, y al que dotaría de fusiles el Gobierno español.

Respeto los hechos consumados y la respetable opinión del Sr. Aguinaldo; y solo me limito á manifestar ahora mis razones para haber obrado de esta manera.

Yo creía que los filipinos reformistas teníamos necesidad de prestar un señalado servicio y probar nuestra lealtad al Gobierno para obtener las reformas y contrarrestar de alguna manera la irresistible influencia de los frailes y de los reaccionarios, que abundaban aun dentro del mismo partido liberal.

El Sr. Moret me dijo un día, que no estaba muy acompañado en sus propósitos de reformas para Filipinas, y que casi sólo contaba con el apoyo del Sr. Sagasta.

Si los Estados Unidos—me decía yo—atropellan ahora á España por ambicionar las Antillas, no creo prudente aliarnos con ellos, porque si llegáramos á vencer á España en Filipinas, atraíamos las ambiciones de los norte-americanos hacia nuestro Archipiélago, y entonces con menos escrúpulos, se lo anexionarían y tendríamos un amo infinitamente más poderoso que España.

Al paso que si nos unimos españoles y filipinos, será imposible á los norteamericanos desembarcar en Filipinas, y después de la guerra, como recompensa de nuestros leales servicios, nos conservarán la autonomía con las milicias filipinas.

Pero si los frailes logran que se deroguen dichas concesiones, entonces nos sobrará razón para sublevarnos contra España, y como tendremos ya fusiles, nuestra independencia será segurísima y relativamente fácil, agotada como estaría España después de tantas guerras.

Así razonaba yo con mis compañeros para que estampasen su firma.

Hasta en esto he tenido la desgracia de acertar en mis predicciones.

LOS HOMBRES DE LA REVOLUCIÓN

D. Francisco Rivero.

Representante de la República filipina en Yokoama, Japón.

El Sr. Rivero es uno de los más ricos comerciantes de Ilocos, quien se ha conquistado su brillante posición social sólo gracias á su inteligencia y rara laboriosidad. Es muy modesto, pero por sus relevantes cualidades de patriotismo y honradez, mereció que los españoles le nombraran varias veces Alcalde del Ayuntamiento de la ciudad de Vigan, y últimamente, comandante de las milicias ilocanas.

Nuestro biografiado ha patrocinado siempre las buenas ideas y reformas, y se le deben muchas mejoras que se ven en aquella ciudad.

Es joven todavía, y cuando se reprodujo la Revolución en 1898, emigró al Japón, donde está ahora prestando grandes servicios á la República filipina con su extraordinaria actividad. Los filipinos le quieren mucho y le respetan por su simpático carácter y su probado civismo.

El general D. Pío del Pilar.

Es indudablemente uno de los generales más distinguidos del Ejército filipino, por su habilidad y arrojo.

© Biblioteca Nacional de España

Se puede decir que su hoja de servicios es una serie de brillantes triunfos, y no hay más elocuente prueba de su indomable valor, que la siguiente relación de las heridas que el ilustre general filipino ha tenido desde 1.º de Septiembre de 1896, contra los españoles, fecha en que tomó incremento la revolución filipina, hasta el presente:

1. en la pantorrilla izquierda, en Talisay, provincia da Batangas; 2, en el pecho, en Zapote (Cavite); 3, en la espalda, en Binakáyan (Cavite); 4 y 5, en el pecho y mano derecha, en Pintong-Bató y Bakood; 6, en el costado izquierdo, en el sitio de Ligas (Bakood); 7, en la mejilla izquierda, en San Joaquín (Pateros); 8, en la tibia derecha, en el sitio de Medición (Imus); 9, en la paletilla izquierda, en el sitio de Suaboy (Santa Ana); 10, en el brazo izquierdo. en Norzagaray (Bulakan); 11, en la sien derecha, en el sitio de Kalinauan (Morong); 12 en el lado derecho del pescuezo, en Tanay; 13, en el vientre, en Dasmariñas, (Cavite); 14, en el muslo derecho, en el barrio de Ugong (Pasig); y 15, en el brazo derecho, en San Pedro Macati.

Estas heridas son una prueba irrecusable del valor y patriotismo de este ilustre general, cuyo nombre debe escribirse con letras de oro en las páginas de la historia de Filipinas en el periodo de su emancipación.

Noticias de la guerra

TELEGRAMA DE NUESTRO SERVICIO PARTICULAR

Hong-Kong 23 marzo de 1900.

Menudean los combates en todas las provincias, donde hay americanos. La severísima censura de los yankis no permite conocer el número aproximado de sus bajas, pero evidentemente es considerable, porque tanto el ferrocarril. como los vapores, traen muchos heridos que no tienen cabida en los hospitales de provincias.

Los nuestros están cada vez más esperanzados de conseguir el éxito, vista la impotencia de los imperialistas, para sojuzgarnos por medio de las armas á pesar de sus extraordinarios esfuerzos en esta época de secas, que es la menos desfavorable para ellos.

El general Tinio que manda las fuerzas filipinas en Ilocos les ha derrotado en diferentes pueblos de aquellas provincias y ha entrado hasta Vigan, capital de aquella extensa comarca. Buen número de prisioneros han caido en manos de los filipinos.

En Batangas y otras provincias de Luzón, lo mismo que en Cápiz (Panay), también se libran grandes batallas. El pueblo de San Juan de Bokbok (Batangas), fué incendiado.

Las educandas de las escuelas de Dulong-báyan y Ermita, arrabales de Manila, han rehusado rendir homenaje á la dominación yankée.—*Hind Duag.*

—Nuestro hábil y activo Plenipotenciario en Paris, Sr. Agoncillo, nos confirma el anterior telegrama en todas sus partes.

Veamos ahora lo que asevera el mismo *Heraldo* de Nueva York, que es anexionista furibundo, confirmado por el *Evening Post*, *Le Temps* y *Le Intransigeant*. Según dicho periódico, «las autoridades americanas han recibido noticias de que la insurrección ha sido reorganizada admirablemente, sobre todo en provincias del Norte, y que se va á reanudar la lucha en la próxima estación de las lluvias. (Ni un momento se ha suspendido).

Las autoridades municipales indígenas nombradas por los americanos, hacen causa común con los insurructos, quienes extienden por todas partes sus ramificaciones y están en comunicación incluso con Manila, merced á los *katipunans* ó sociedades secretas.

Los viajeros americanos manifiestan que en todas las poblaciones del interior los habitantes simpatizan con las guerrillas. (¡Es muy natural!)

Los yankees no pueden tener la menor confianza en los funcionarios tagalos.

Once de estos últimos, empleados en los principales cargos de la administración civil de la provincia de Tarlak, han sido presos y procesados por conspiradores.

En Malabón han sido sorprendidos dos agentes de la insurrección, quienes habian recogido 4.000 pesos entre los indígenas.

La insurrección alcanza á todas partes. Los rebeldes distribuyen folletos, en los que dicen que las promesas de los yankees no son sino la máscara hipócrita con que cubren sus proyectos de explotación.

Los filipinos sacan con gran habilidad todo el partído posible de los antiexpansionistas americanos, y recuerdan las palabras de un periódico yankee que decia: «¡Seamos honrados!»

La orden asimilando los prisioneros de las guerrillas á los bandidos, la consideran los tagalos como señal de que los Estados Unidos están convencidos de que sólo exterminando á los defensores de la independencia del Archipiélago, podrán asegurar la tranquila posesión de Filipinas.

No hay ninguna noticia de la expedición al interior del general Bates, termina el despacho. Las comunicaciones con él son impracticables. En el Sur, los insurrectos continúan hostilizando todos los días á las guarniciones americanas, sin que deje de haber constantemente en ellas muertos y desaparecidos.»

La *Agencia Fabra* telegrafía lo siguiente:

Londres 18.

Los periódicos de los Estados Unidos reconocen que la situación de Filipinas. lejos de mejorar, tiende á agravarse de día en día.

La insurrección de los tagalos, particularmente en el Norte de la isla de Luzón, adquiere incremento, y los americanos no son dueños más que del terreno que ocupan materialmente.

Los españoles, aun en la época en que la rebelión de los indígenas era más pujante, contaban con el apoyo de una parte considerable del Archipiélago: pero los yankees, con su falta de tacto, se han enajenado por completo las simpatías de los indios, hasta el punto que las autoridades municipales por ellos nombradas, se convierten en secretos instrumentos de los insurrectos.

Como los gastos que ocasiona la ocupación son grandes y los ingresos del país relativamente pequeños, cuando el Congreso americano discuta los créditos necesarios para saldar el déficit, algunos representantes se proponen sostener la necesidad, si no de abandonar á Filipinas, por lo menos de conceder á dichas islas entera autonomía, bajo el protectorado de los Estados Unidos.—FABRA.

—Telegrafían de Nueva-York que en un meeting celebrado en dicha ciudad fué silbado estrepitosamente el presidente Mr. Mac Kinley por no intervenir en favor de las dos repúblicas boers, y por no conceder á Filipinas la independencia que él habia prometido; aclamando entusiastamente á su rival á la presidencia mister Bryan.

También el telégrafo trae la noticia de que el gobierno de los Estados Unidos ha encargado á Otis prepare tropas que vayan á proteger á los misioneros norteamericanos en China, los cuales están amenazados de ser asesinados.

Pero, ¡si los que tiene Otis no son aun suficientes para proteger los pueblos que ocupan en Filipinas!

Ya hemos dicho que serán siempre impotentes cuantos esfuerzos hagan los imperialistas en sus suicidas planes de conquista.

La prensa de Manila, recientemente llegada á Madrid, confirma la noticia de que en Batangas han caido prisioneros muchos americanos; que el jefe filipino don Maximino Hizon logró apoderarse de un convoy americano en la Pampanga; que en Kalumpit (pueblo de Bulakan) cerca de Manila penetraron los filipinos; que es frecuente el ataque al ferrocarril en Bulakan, Pampanga, Tarlak y Pangasinan; que reina tranquilidad en Abra, Ilocos Norte, Isabela, Unión y resto de Cagayan, que volvieron á ocupar los filipinos; y que sólo hay intranquilidad en Vigan, (Ilocos Sur), Aparri (Cagayan) y los pueblos ocupados por los americanos en Pangasinan, por los frecuentes ataques de los filipinos.

—Los *gabinistas* han reconocido la autoridad del señor Aguinaldo, y ahora le ayudan á hostilizar á los imperialistas.

ULTIMAS NOTICIAS.

La protesta del pueblo filipino contra los frailes ha sido de las más enérgicas. Dicen algunas cartas que Nozaleda fué atacado con un bastón y si no fuera por su secretario que le defendió hubiera sido ahogado.

Las guerrillas siguen brillantes. En el Norte siguen atacando por Loma, pero en el Sudeste, por Santa Ana y Parañaque llegan ya los filipinos, y por Cavite, cartas aseguran que los filipinos siguen atacando y nada menos que la misma plaza de Cavite. ¡Qué cerca están!

Por lo demás los puertos ya los ha abierto Otis, obligado quizás por la demanda y protesta de los co-

© Biblioteca Nacional de España

merciantes por el ya largo bloqueo, al menos así lo expresa un telegrama del *Daily Telegraph*.

Otis ya deja transitar la gente hasta las diez de la noche.

En Nagkarlang, La Laguna, se libran muy rudos y grandes combates.

Grandes incendios en los pueblos vecinos, visibles desde Manila.

NOTICIAS DE TESTIGOS PRESENCIALES ACERCA DE LAWTON.

El ataque había sido rudo, pero han sido mucho más duras las bajas americanas. El General Lawton fué muerto de un tiro de fusil por un soldado del General Glicerio Gerónimo. Más de siete Oficiales cayeron con el General. Y más de 150 soldados dejaron muertos. Y tanta desorganización les produjo esto á los yankees que los mismos filipinos tuvieron que recoger y enterrar los cadáveres.

Hong-Kong 2 de Febrero de 1900.

NO QUEREMOS AMOS

El pueblo que quiere ser libre, debe preferir la muerte, antes que la esclavitud: si los filipinas deponen las armas y no luchan por nuestra independencia, serán tratados por sus dominadores como á los pieles rojas los trataron en América. Irán poco á poco exterminando la raza sin tener consideración de las mujeres, niños y ancianos.

La religión del hereje invasor es distinta, y duro ha de ser siempre el yugo del tirano.

Sea, pues, nuestro lema ¡vencer ó morir! y de esa manera, ante el mundo, seremos considerados como ciudadanos libres, que á costa de nuestra sangre, hemos sabido labrar la piedra fundamental de nuestra independencia, cuya principal y más sólida base, habrá sido los innumerables mártires que han bajado al sepulcro por ella.

¡Benditos sean!

JOSÉ INFANTE
(*zamboangueño*).

Cartas de Cebú

Cebú, 8 de Enero de 1900.

Querido amigo: Aquí está tranquilo, relativamente, sin las trabas que en Manila se ve y el gobierno y la administración de esta Ciudad y de todos los pueblos están por los nuestros y con arreglo á las instrucciones y disposiciones del Gobierno filipino. Todos los reglamentos, y juramentos de empleados son por los decretos del Gobierno Filipino, al que reconocen por supremo jefe.

Las contribuciones de cédulas personales y de otros impuestos, están á cargo de los nuestros é ingresan en las cajas de los pueblos, los cuales disponen como cosa suya.

El orden público, está á cargo de los guardias municipales que dependen de los nuestros.

Aquí el Gobierno americano no tiene más que la Aduana y sus tropas, y por los derechos de Aduana, se paga también la limpieza de la Ciudad ó de las calles. Además, á la vista de dicho gobierno, están éstos observando aquí las órdenes del Gobierno filipino, usando los sellos y timbres de los nuestros y se ofician ó comunican mutuamente con sellos y timbres del Gobierno filipino.

Los de aquí no han reconocido ni reconocen hasta ahora la soberanía de América, pero sí al Gobierno filipino por el que dan vivas en las calles.

Es envidiable la tranquilidad y la manera de vivir de éstos, que han sabido sostener el no reconocer la soberanía de América y gobiernan por el Gobierno de la República filipina. En los montes de aquí se sigue la guerra, y los americanos que cuentan con unos 6.000 hombres con sus fuertes elementos de guerra, no han podido aún tomar nuestras posiciones y siempre han sido rechazados con bajas. Ahora parece que quieren sitiar á los revolucionarios hasta que se rindan por hambre; pero creo que ni por este medio pueden conseguirlo, porque los nuestros tienen comida para tres meses, y los cebuanos, por su patriotismo, les socorren con abundancia.

Para probar más el patriotismo de éstos, las mujeres distinguidas y pudientes, casadas y solteras, conducen en sus carruajes fuera de la ciudad, todos los auxilios que envían á los montes, incluso armas y municiones para las tropas filipinas. ¡Bien por nuestras paisanas!

PÁRRAFOS DE OTRA CARTA CON IGUAL FECHA.

El Gobierno americano, en la isla de Negros, ha descubierto un complot urdido entre las personas distinguidas para sublevarse contra dicho Gobierno, por lo que éste apresó á muchas personas, más de 20 fueron fusiladas y 42 embarcadas en el vapor *Benington*, y arrojadas al mar, donde por supuesto se ahogaron.

¡Triste desengaño para los que fueron á solicitar del general Otis la anexión de Negros á los Estados Unidos! Pues con tal proceder, hoy está la isla de Negros en sublevación general contra los americanos.

Aquí relativamente hay tranquilidad, y se gobierna en esta ciudad como también en todos los pueblos de esta provincia por el Gobierno de la República filipina, y con arreglo á sus disposiciones, la recaudación de la cédula personal y de todos los impuestos, está á cargo de los nuestros, y se ingresa en la caja de los pueblos para sus gastos, y los americanos no tienen más que la Aduana, de cuyo producto se sacan los gastos de limpieza pública. Por el orden público, tienen los nuestros sus guardias municipales que dependen exclusivamente de nosotros. Aquí no han reconocido ni reconocen la soberanía americana, por lo que en los juramentos prestados por los empleados, siguieron las fórmulas del Gobierno filipino, como que siguen observándose todas las órdenes é instrucciones de nuestro Gobierno.—*Cisne Jacronefa*.

LO OCURRIDO EN NEGROS

Un testigo presencial nos escribe: «El oficial D. Zoilo Mauricio, se presentó en la jefatura de Bisayas al general Delgado, pidiéndole 200 fusiles, comprometiéndose á copar la guarnición de Negros, compuesta de dos compañías americanas, las cuales en esta isla, ya por los recibimientos que les hicieron sus habitantes, ya porque éstos vienen demostrando amistad, el caso es que los yankees estaban descuidados y así es, que los nuestros se internaban por los barrios extremos, y se pasaban la noche hasta sin armas en el poblado. Al general Delgado le pareció muy temeraria la empresa que le prometía el tagalo, y al principio se negó; pero tanto insistió el otro que Delgado contestó:

—No puedo darle los 200 fusiles; le daré 150 ¿Le bastan? Mauricio dijo que sí, y se los llevó armando á su gente, tagala en su mayor parte. Comprendiendo que esto no bastaba, á fuerza de manejos consiguió que varios soldados abandonasen á su jefe y se marchasen con él una compañía de nuestro Ejército, que no sé á punto fijo á qué columna pertenecía. Con estos 300 hombres próximamente y otros tantos macheteros preparó el plan y cuando menos se esperaba, sorprendió á los yankees destrozándoles casi completamente, porque solo consiguieron escapar muy pocos (entre ellos el Preboste de Negros), gracias á las lanchitas de vapor que tenían siempre dispuestas en el puerto. Mauricio, después de su brillante victoria, se retiró á los bosques, llevándose todo el armamento. Entre tanto, los americanos que consiguieron salvarse fueron á Ilo-Ilo, cogieron 1.000 soldados y volvieron. No hallando á Mauricio, se ensañaron con los pacíficos vecinos de los poblados, matando á 25 de los más principales, escogiendo á los que desempeñaban cargos y empleos puestos por ellos, empezando por el Sr. Juan Araneta, Gobernador civil.

Los americanos los creyeron traidores y diz que decían: «Si los tagalos hubieran hecho esto, nada tendría de particular, porque siempre desde un principio se mostraron hostiles, pero los de Negros, que sin solicitarlo pidieron permiso para izar la bandera americana...»

—En la isla de Negros se publica un inmundo papelucho titulado *La Libertad*, lo cual es un sarcasmo, porque en realidad debía titularse *La Esclavitud*, en razón á que no hace más que ensalzar la dominación imperialista. No creemos que esté redactado por filipinos, á no ser que les hayan puesto el puñal al pecho, porque se necesitaría absoluta falta de dignidad para ello. Comprendemos que por la severa censura se calle los asesinatos y otros crímenes cometidos recientemente por los imperialistas en aquella isla; pero lo que nos subleva es su repugnante descaro para acusar de bandidos á los revolucionarios de Panay y Negros, siendo así que son los más distinguidos de las islas Visayas, como los Mapa, Jalandoni, Yúsay y otros propietarios muy conocidos por su honradez, al

© Biblioteca Nacional de España

paso que entre los lame...pies *ameri...kánins* no figuran más que nombres improvisados como los C. Hilado y algún otro criado ó personero ayer de alguna casa comercial anglo-sajona.

Ignoramos cómo los buenos patriotas de Negros no hayan todavía dado su merecido á este asqueroso papelucho, si bien ya lo desprecian sus mismos forzados accionistas, á quienes tienen que convocar repetidas veces en vano por medio del periódico, siendo así que en Bakolod se puede llamar de ventana á ventana.—FEEBLE.

Carta de Ilo-Ilo

28 Enero, 1900.

La situación se sostiene por los nuestros que siguen combatiendo con fe y entusiasmo. No nos desalientan esos triunfos que continuamente vienen propalando nuestros excelentes amigos. En el interior de esta provincia nada se dice de nuevos combates librados: siguen husmeando la residencia del general Delgado y de los que le acompañan sin atreverse á internarse por los montes, y sí solamente ocupando transitoriamente algunos pueblos indefensos para abandonarlos luego que ven su pacífica actitud. En los pueblos por ellos ocupados procuran ganar la voluntad de sus moradores prometiéndoles dedicarse á sus habituales trabajos y llevar sus productos á Ilo ilo, concediendo pasar á aquellas familias que allí se han encontrado desde los primeros días y que hoy desean regresar á esta población. Tratan con bastante consideración á los presentados que han estado en armas sin más garantía que su presentación. Entre estos figuran los Sres. Yusay y Mapa, que formaron parte del gobierno de Santa Bárbara, y ultimamente el general Araneta (Pablo), que hace unos días solamente ha venido á presentarse á Hugues con quien tuvo una larga conferencia. Según he oido decir, á los primeros les han ofrecido cargos policíacos para el Gobierno, que aquí se piensa establecer; pero que hasta el presente no han aceptado fundándose en que estando pendiente aun la causa de la Revolución, es prudente y sensato y también conveniente para el Gobierno, la administración del poder por sus propias manos. Sin embargo de esto, parece que el espíritu predominante les aconseja á aceptar los cargos en bien de una política conciliadora Para el cargo de Presidente local en la vecina ciudad de Jaro se ha hecho proposiciones al Sr. Nicolás Jalandoni por el mismo general Hugues, una administración local con la más amplia autonomía, tanto en lo civil como en lo militar, si así lo deseael pueblo, con la única inspección del mismo general Hugues, por el sistema del Gobierno de la isla de Negros; mas este ofrecimiento no fué aun aceptado dada la mala fe de sus promesas. De la isla de Negros algunos pueblos del Sur se han desenmascarado levantándose en armas contra la soberanía allí imperante, Guinigarán, Cabancalan, Pulupandan y otros puntos estratégicos han sido el sitio elegido por los que un día fueron arrastrados á su pesar á aceptar la Administración de la isla por la política disgregante de unos cuantos *pancistas* que sin consultar con la opinión del país han entregado incondicionalmente la isla en manos de los que creían eran nuestros salvadores. Una campaña de destrucción y ruina se está ahora emprendiendo contra aquellos infelices.

Varios ya han sucumbido fieles á la idea que alimentaron,no en lucha abierta con el enemigo y sin mediar combate ninguno, sinó que fueron bárbaramente fusilados sin expediente ni sumaria por sospechosos.

Entre estos víctimas, que ni siquiera han tenido la satisfacción de confesar la causa del ideal que sostenían, figuraba el Sr. Remigio Montilla. Dicho señor fué muerto en el camino de vuelta de su hacienda, donde se encontró con una partida de americanos que iban en su busca á causa de una denuncia en su contra sin expediente ni sentencia formal. Igual procedimiento se hizo con unos 25 más que últimamente fueron cogidos y fusilados detrás de la iglesiadel pueblo de Simancas. Tal es la política que hoy se emprende en la isla de Negros: desgraciado de aquel á quien le cogen siquiera por sospechoso, porque ese no se escapa de sus manos.

Esto ha excitado más la animadversión de la gente, y por tanto, aquellos que aun abrigaban alguna idea revolucionaria han determinado empuñar las armas, antes de que puedan ser cogidos: así se defienden.

Anteayer llegaron aquí más refuerzos en número de unos 500 hombres y mulas de arrastre, traídos por un inglés Parte han sido desembarcados, y el resto salió ayer en convoy con el cañonero *Concord*, para efectuar, según dicen, un desembarco en la provincia de Antique. Este fué ya varias veces bombardeado sin conseguir las tropas poner pie en tierra; dudo que por esta vez consigan hacerlo, dado lo difícil y estratégico que es aquel punto para esta clase de operaciones.

Nuestra causa sigue en pie y con grandes probabilidades de éxito.

CRÓNICA

Desde el próximo número dejaremos de enviar nuestro periódico á las personas que no nos han pagado. Parece increible, sabiendo todos que no se trata de ninguna industria, sino solamente de sostener este único órgano en Europa, de los filipinos atropellados.

ADVERTENCIA. La suscripción en Filipinas vale diez pesetas españolas, ó sean tres pesos mexicanos ó poco más, según el giro. Y suplicamos á nuestros corresponsales no sirvan ninguna suscripción de la que no se pague adelantado un semestre lo menos.

El sabio orientalista Prof. Blumentritt ha sido nombrado Director del Ateneo ó Instituto de la ciudad de Leitmeritz.

También sabemos que su angelical hija, *Loleng*, contraerá matrimonio con un distinguido doctor austriaco el próximo mes de Mayo. Dicha señorita por amor á Filipinas conserva su nombre filipino de *Loleng*, que le dió nuestro inolvidable Rizal.

Por ambas buenas noticias enviamos nuestra sincera felicitación á nuestro queridísimo colaborador y amigo Sr. Blumentritt.

Este señor tiene en prensa un precioso folleto en defensa de la independencia de Filipinas, que indudablemente llamará con justicia la atención.

—Repuesto de su enfermedad, ha vuelto al Japón nuestro distinguido amigo y colaborador D. Mariano Ponce, para encargarse de su importante puesto en la legación filipina en aquel imperio hermano. Reciba nuestra enhorabuena.

—Tenemos la satisfacción de participar á nuestros amigos, que el hijo recién nacido del director de esta REVISTA, fué bautizado el 10 del actual, en la iglesia de las Maravillas, donde había recibido las aguas del Jordán D. Juan de Austria, habiendo sido padrinos los abuelos maternos de la criatura el coronel comandante de infantería de Marina D. Manuel López Díaz y doña Antonia Montero. Se le han puesto los nombres de «Isabelo Valentín.»

Asistieron entre otros: D.ª Justa, la simpática *Nanay* de los filipinos, hija del famoso Doctor Jugo; el señor Morayta; el distinguido Presidente del Comité filipino en Madrid, Sr. Aréjola, y el Dr. Dominador Gómez, quien, ya en casa de los padres de la criatura, é instado por la concurrencia, pronunció un elocuentísimo discurso sobre Filipinas adecuado al caso. Se leyeron las felicitaciones de los Sres. Agoncillo, Regidor, Lete y otros. Constituían el mejor adorno de la mesa, las bellísimas señoritas Elvira y María, tías del niño.

—El Comité de Hongkon ha dedicado una hoja literaria como homenaje á la grata memoria del laureado pintor J. Luna. Es una brillante corona tejida de hermosos pensamientos y filigranas literarias.

Nuestra enhorabuena á sus ilustradísimos autores

Por no haber llegado á tiempo, no se ha podido incluir el siguiente pensamiento, que nos remiten para su publicación.

Á JUAN LUNA

En tu carrera artística predicaste á tu manera los ideales patrios; hoy nos participan tu muerte, pero en tus provincias ilocanas y en el pueblo filipino en masa, tu nombre continúa inmortal y admirado.

A. CALVO

Ilocos, 28—XII—99.

Gracias á todos.—A nuestras quejas en nuestro número 8, han respondido patrióticamente los buenos filipinos de París y Londres. Un ilustre abogado de este último punto se empeñó en costear la edición del número extraordinario dedicado á nuestros inmortales compatriotas Burgos, Gómez y Zamora.

MADRID.—Imp. y Lit. de J. Corrales, Monserrat, 10.

© Biblioteca Nacional de España